

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

**LA INDIVIDUALIDAD APORTA
LA VERDADERA FELICIDAD**

Bonfin, 20 de julio de 1970

Ya os he hablado varias veces de la personalidad y de la individualidad, de sus características, de sus manifestaciones, de las condiciones en las que se desarrollan plenamente dichas características y manifestaciones, y sobre todo de cómo el hombre que no sabe discernir escucha a la personalidad en lugar de escuchar a la individualidad, viéndose arrastrado de esta manera a cometer errores. Hoy os hablaré de la personalidad y de la individualidad para mostraros nuevos aspectos de ambas, pues esta cuestión es, verdaderamente, la clave que permite resolver todos los problemas de la existencia.

Otra característica de la personalidad es que le tiene miedo al silencio, no puede soportarlo. Le gusta el ruido, la desarmonía, el estrépito, el alboroto, el caos; en ellos se siente bien, se imagina ser feliz, llena de fuerza. ¡En el ruido se encuentra perfectamente bien! En el silencio, por el contrario, siente que ya no puede manifestarse con sus artimañas, su arrogancia, sus exigencias, sus caprichos, y se paraliza. Mirad a la juventud, por ejemplo: le gusta el ruido y la agitación porque la personalidad se manifiesta preferentemente en ella. No tiene suficiente discernimiento para dirigirse a sí misma y la atraen los placeres, todo lo que le procura sensaciones y emociones; y ahí es donde, la pobre, hace muchas tonterías. Pero en cuanto más madura el hombre, más inteligente se vuelve y más se da cuenta de que esas sensaciones y esos placeres no le proporcionan lo que busca; entonces empieza a sumirse en el silencio, medita, reflexiona, recuerda los acontecimientos de su vida, y saca conclusiones.

A los que tienen la personalidad muy desarrollada les gusta la música ensordecedora; son felices con este ruido. Por otra parte, en la actualidad, la música se acerca cada vez más al puro ruido. Cuando estuve en Japón, en la Exposición Universal de Osaka, ¡oí una orquesta! ... Era para volverse loco,

para ponerse enfermo... Al escucharla sentí que esta música traía consigo la demolición total del ser humano, que destrozaba el sistema nervioso.

Actualmente la mayoría de los artistas, músicos, pintores y escultores ya no saben qué crear. Todo está agotado según parece, así que están desocupados. Ya no saben elevarse como lo hacían los artistas de antaño para buscar la inspiración arriba, para sentir y captar los colores, formas y melodías que vienen del cielo; y como hay también un camino descendente, se adentran en él para buscar las ideas y la inspiración en los subterráneos, simbólicamente hablando. Algunos músicos van a los clubs nocturnos, a las salas de baile, a las tascas (no hay otros lugares, claro), y allí componen la música que va a renovar el mundo, que va a regenerar a toda la humanidad. Uno se pregunta si no se trata de locos que quieren, a su vez, volver loca a la humanidad. Ya lo estaba un poco, debido al trabajo de algunos, pero ¡los músicos van a darle el último toque!

Muy pocos músicos han estudiado la verdadera psicología para saber que los sonidos, la palabra, todas las vibraciones, influyen en el ser humano. Se trata de leyes físicas. En algunas conferencias os hablé de las experiencias del sabio físico Chladni. Esparcís, por ejemplo, materia pulverizada sobre una placa que hacéis vibrar a continuación mediante el sonido producido por un arco de violín. Las ondas vibratorias crean así líneas de fuerza que atraen a las partículas hacia los puntos de vibración (a los que se podría llamar puntos vivos), para rechazarlas luego hacia los puntos que no vibran, los puntos muertos. Estos puntos muertos determinan el trazado de las figuras geométricas. Yo también he hecho esta experiencia, y he concluido de ella que esto es exactamente lo que sucede en el ser humano: exterior e interiormente posee puntos que son como puntos muertos, es decir, centros en los que se acumulan los elementos enviados por otros puntos, los puntos vivos. Así pues, los dos principios, masculino y femenino, emisivo y receptivo, están distribuidos en el cuerpo físico, la piel, los ojos, la boca, el sistema nervioso...

Los sonidos que oímos producen en nosotros figuras geométricas; aunque no las veamos, bajo el efecto del sonido, bajo el poder de las vibraciones, se organizan partículas infinitesimales para formar figuras. Esto explica también cómo Dios creó el mundo con la palabra, cómo se formó geoméricamente el universo a causa de estos sonidos, de estas vibraciones que Dios emitía. ¡Todo esto está tan claro para mí! Se han hecho también otras experiencias: en una habitación oscura entra un rayo de sol por un pequeño agujero. Sobre este rayo de sol se sacude el polvo y

después se obtiene, con un violín, un cierto sonido; éste actúa sobre el polvo y le da forma. Hay leyes, mis queridos hermanos y hermanas; por ello, cuando escucháis esas músicas contemporáneas tan cacofónicas, la simetría, la belleza y el esplendor que están en vosotros, este orden preexistente, preestablecido por el Creador, toma formas desagradables, asimétricas, hirsutas, y al cabo de algún tiempo esos sonidos raros acaban por reflejarse en vuestro rostro.

Pero esto no es sólo verdad en cuanto a la música. Si observáis a una persona veis que unas veces tiene una expresión desagradable, amenazadora, y otras veces un rostro angélico. ¿Bajo qué impulso ha cambiado su rostro? Los pensamientos, los sentimientos y los impulsos de un ser son vibraciones, son como el sonido: el sonido produce vibraciones y los estados interiores producen también vibraciones bajo cuya influencia la expresión del rostro cambia. ¿Por qué no se ha comprendido esta ley? Hay que fijarse en esto y comprender que hay que introducir cada día dentro de sí estados armoniosos para cambiar la expresión del rostro. Los hombres no creen que puedan cambiar nada, y he ahí, de nuevo, la ignorancia: no lo creen, y, sin embargo, esto es lo que se produce ininterrumpidamente.

Todo está en las vibraciones. Por eso los Iniciados que han estudiado esta cuestión enseñan que con su vida interior el hombre se construye no solamente su cuerpo sino también el mundo en el que vive. Las condiciones buenas o malas, los éxitos y los fracasos, la suerte y la desgracia, las construye el hombre, preparándolas consciente o inconscientemente. Podéis no creerme, pero se trata de una ciencia absoluta que he comprobado.

Estas son, pues, unas pocas palabras relativas a la música, a la armonía... y a la desarmonía que actualmente existe y que se propaga por todas partes en el mundo. En la sociedad esta desarmonía se llama anarquía y, desgraciadamente, hay muchos más candidatos para propagar la anarquía que para propagar la idea de la sinarquía. Pero ¡si supieran los males que se preparan para el futuro debido a esta actitud! Todo estado des armonioso trae consigo perjuicios. Evidentemente, cuando digo «armonía», sobreentiendo algo más que música. En la armonía sitúo todo lo que es impersonal, generoso, noble, puro, lleno de amor y de abnegación; y todo lo que es personal, vil, hostil, destructivo y cruel, lo sitúo en la desarmonía.

Y ahora, ¿por qué la personalidad le tiene miedo al silencio? Porque no encuentra en él las condiciones favorables para hurtar, para engañar. La luz y el silencio le molestan, le impiden ejecutar sus proyectos, se siente

paralizada. El silencio es como una puerta que se abre a las regiones celestiales, y la personalidad, que tiene siempre proyectos egocéntricos, que quiere siempre tirar la manta hacia sí, que quiere siempre vengarse, morder y rebelarse, siente que este silencio representa para ella la demolición, que se va a ver obligada a ceder el sitio, a capitular, ¡y no quiere! A la menor molestia, en vez de permanecer tranquila, dice al hombre: «Muerde, extermina». Los consejos de la personalidad son siempre de destrucción. Mientras que la individualidad aconseja: «Espera un poco, reza por él, envíale algunos buenos pensamientos, quizá cambie y luego te ganes un amigo; de lo contrario, tendrás un enemigo... No te inquietes, nadie puede destruirte, tienes la eternidad. ¡Da un poco más de luz, un poco más de amor!» Estos son los consejos de la individualidad. Pero la personalidad es tan ruidosa con sus charangas, sus bombos, sus trompetas, insiste tanto, sin cesar, día y noche, que el hombre, que es un poco estúpido, se dice: «Bueno, bueno, hay que ir por allí; ya que insiste, debe tener razón». Mientras que la individualidad habla bajito, sin insistencia, apenas se llega a oír su voz. Por eso los humanos van siempre hacia la personalidad.

Hay una sola cosa que envidia a la personalidad, una sola: que es infatigable. Todo el resto es espantoso, pero tiene esta cualidad: es infatigable. Observad a los golfos, a los truhanes, a los criminales: son infatigables porque sus proyectos diabólicos no les dejan tranquilos. En cambio, las personas amables, atentas y serviciales, están siempre cansadas. No tienen este ímpetu para robar, matar y vengarse; no les queda, pues, gran cosa que hacer y descansan, están contentas de sí mismas. Pero un día les mostraré que no han comenzado aún el verdadero trabajo, que hay muchas cosas que hacer, y entonces, ¡también ellas serán infatigables! Pero es necesario que tengan un elevado ideal, que no se contenten ya con este ideal minúsculo que se les ha presentado: ser amables, caritativos, cumplir los deberes conyugales, educar a los hijos... ¡Qué miseria, qué pobreza! No hay que detenerse ahí, es muy poca cosa. Pero para poder ir mucho más lejos y emprender un trabajo gigantesco, continuo, cada vez mayor, hay que entrar en la Escuela divina donde se enseña que hay tareas que nunca hasta ahora hemos imaginado. ¡Sí, el alto ideal!

A la personalidad no le gusta el silencio porque el silencio la va a vencer, la va a reducir y a serenar. Esta es la razón de todas vuestras prácticas aquí, de todos estos silencios y de todas estas meditaciones: calmar a la personalidad, disminuirla, reducirla y dejar un sitio a la individualidad, al espíritu. Mientras que por todas partes leéis prospectos y publicidad: « ¡Comprad esto, tomad aquello y seréis felices! » Siempre se

trata de contentar a la personalidad. Sin embargo, no hay nada, en ninguna parte, para alimentar a la individualidad, al lado divino, en ninguna parte, ni anuncios ni nada. Todo es siempre para la personalidad, para cebarla, para acariciarla: la comodidad, los placeres, etc... Y los hombres, actualmente, están tan saturados que se vuelven monstruosos, justamente por esta razón, porque sólo se alimenta a la personalidad. Fijaos también en los films, en las novelas y obras de teatro; todo es para la personalidad, y para la individualidad, para la verdadera inteligencia, para la profundidad, para el espíritu, nada, nadie da nada. Quizá exagere un poco, pero lo hago a propósito... Por eso no hay que extrañarse de que nada ande bien. Se alimenta la personalidad y después ésta escupe, ensucia y destruye; lo cual es normal, hace lo que puede. Si queréis ahora que todo vaya bien, hay que dar otro alimento al ser humano, y es aquí, en la Enseñanza de la Gran Fraternidad Blanca Universal, donde se da este alimento.

A la personalidad no le gusta el silencio... ¿Qué significa el silencio? Considerad el ejemplo de un ser que todavía es joven: se entusiasma fácilmente, todo le atrae, está desencadenado y siente dentro de sí torbellinos, tornados, estrépito. Por eso, el lado divino todavía no puede desarrollarse en él con plenitud. Pero pasados unos años, por fin, se hace el silencio, y las buenas cualidades empiezan a aflorar; antes, no podían. Mirad también lo que sucede en la naturaleza, en el mundo vegetal. Ocurre a veces que las plantas florecen antes de hora, antes de que el invierno haya terminado; entonces se hielan y no dan frutos. Las fuerzas y las energías de la planta no pueden desarrollarse plenamente mientras las condiciones no hayan mejorado. Pues bien, esto es lo que se produce también en la vida de los humanos: mientras son sacudidos por los tornados y las tempestades no pueden oír la voz interior de la sabiduría, de la inteligencia, la voz de los ángeles. Es necesario que las pasiones se calmen, y entonces todas las buenas cualidades, que esperaban el momento de manifestarse, comienzan a aparecer. Aún puedo daros un argumento más poderoso tomado de la geología, que debe también traducirse a la vida del hombre. Considerad la formación de la tierra. Al principio no había nada, ni plantas, ni animales, porque la corteza terrestre no estaba formada aún; sólo había materiales en fusión. Cuando después de millones de años se produjo un enfriamiento y la corteza empezó, por uno y otro lado, a estabilizarse para permitir la aparición de algunas plantas y de algunos animales, de nuevo las erupciones volcánicas lo aniquilaron todo. Luego la tierra se calmó un poco, y la vida volvió a surgir, aunque prematuramente, y de nuevo la corteza se desgarró, los volcanes entraron en erupción y todo fue engullido... Hasta que al fin

hubo buenas condiciones: erupciones volcánicas más raras, menos violentas y una corteza terrestre suficientemente densa. Entonces brotaron las plantas, y se fijaron a la tierra; después vinieron los animales y finalmente los humanos. He aquí un hecho equiparable a la evolución del hombre. Yo, cuando veo a alguien que está aún en este estado en el que se encontraba la tierra en un pasado lejano, pienso: «Amigo mío, los espíritus luminosos no pueden venir a instalarse en ti porque corren el riesgo de ser engullidos. No vendrán hasta que te hayas sosegado y calmado un poco». Esto está claro, es transparente, es matemático para mí. Así que, nada de cuentos, nada de discusiones, debéis trabajar para introducir en vosotros el silencio interior, porque es en el silencio, en el sosiego de las pasiones, de las disensiones, de los deseos y de los caprichos donde puede, por fin, surgir el lado divino del hombre: las virtudes, la belleza, la luz. Pero hasta entonces no esperéis, no creáis, porque los habitantes de arriba no son tontos, no tienen ganas de instalarse en una tierra que continuamente corre peligro de hundirse.

Consideremos ahora a un gran artista, a un verdadero clarividente, o a un matemático genial... Todos ellos poseen un don. ¿Y qué es un don? Es una entidad que se ha instalado en un ser para ayudarle y trabajar a través suyo. Claro está, los psicólogos jamás admitirán que los talentos y las capacidades son entidades, inteligencias que habitan en los hombres. Pero la prueba de que no son ellos quienes hacen estas maravillas, sino otros seres a través suyo, es que pueden perder este don. Y esto fue lo que les ocurrió a muchos que perdieron sus dones por vivir una vida estúpida de excesos, desórdenes y borracheras. Si queréis, mis queridos hermanos y hermanas, atraer estos espíritus, estas inteligencias, estas capacidades, estos dones, estas cualidades, estas virtudes, debéis introducir dentro de vosotros la paz, la armonía, el silencio y la dulzura, para que, finalmente, todo se sosiegue. Sólo así vendrán a manifestarse. Ellos esperan, y cuando ven que hay alguien que se mantiene sereno, razonable y que ha abandonado muchos de sus hábitos del pasado, ¡con qué placer se introducen en él para ayudarle y ayudar a los demás a través suyo! Entonces, ¿por qué no trabajar en este sentido?, ¿por qué hacer siempre las mismas tonterías, mostrar las mismas actitudes, tener los mismos vicios? Hay que terminar con todo esto, hay que cambiar, hay que mejorarse, y entonces ya no estaremos solos, sino que habitarán en nosotros las mejores criaturas de lo alto. Esta es la verdadera ciencia.

¿Por qué los humanos no se preparan de forma adecuada para que el espíritu se manifieste? ¿Por qué? Siempre la respuesta es la misma: no saben, no se les ha instruido. De otro modo, ¡cuántas cosas se arreglarían! Y

podrían vivir en la felicidad, una felicidad extraordinaria, esa verdadera felicidad de la que os hablaba ayer. Y lo que es más asombroso es que esta alegría, esta felicidad que encontráis entonces en vosotros y que ya no os abandona, esta felicidad es una felicidad sin razón: sois felices y no sabéis por qué. Encontráis que es maravilloso vivir, respirar, comer, hablar, y no sabéis por qué. Nada os han dado, ni regalos, ni herencias, ni mujeres bonitas... Sois felices porque hay algo que viene a incorporarse a vosotros desde arriba y que ni siquiera depende de vosotros... Como un agua que mana del cielo. Mientras que la felicidad que buscan los hombres está siempre ligada a posesiones: casa, dinero, condecoraciones, o bien mujeres e hijos. En tanto no las tienen no pueden ser felices; su felicidad depende de lo que poseen, y si lo pierden... En cambio, la verdadera felicidad no depende de ningún objeto, de ninguna posesión, viene de arriba y os asombráis al descubrir en vosotros, sin cesar, este estado de conciencia maravilloso... Os alegráis y ni siquiera sabéis por qué sois tan felices. Esta es la verdadera felicidad. Pero mientras la situéis en las posesiones: «si tengo esto o aquello seré feliz», podréis ser felices, claro, pero por muy poco tiempo, ya que esta felicidad no vendrá de arriba, no fluirá continuamente.

Observad, por ejemplo, lo que sucede con la respiración. ¿Acaso debéis pensar en ir a comprar un kilo o dos de aire? No, el aire viene a vosotros; estáis sumergidos en un océano y respiráis sin pensarlo. Todo el resto, el agua, el alimento, el dinero, debéis ir a buscarlo... Mientras que el aire no, y la luz tampoco. Respiráis sin cesar y no hay alegría mayor que respirar. Si no lo creéis id a sumergir la cabeza dentro del agua durante algunos instantes y cuando la saquéis sentiréis que no hay nada más maravilloso que respirar. Antes no lo sabíais, respirabais automáticamente, inconscientemente, no sabíais el privilegio que teníais. Lo mismo sucede con la felicidad. Cuando lleguéis a sumergiros en este océano del silencio y de la armonía, no tendréis ya necesidad de ir a buscar cosa alguna para vuestra felicidad; continuamente estaréis sumergidos en ella. Inspirar, espirar, inspirar, espirar... Sí, la respiración del alma ... No nos hemos detenido a estudiar la respiración desde este punto de vista, no hemos visto que todo lo demás hay que ir a buscarlo y comprarlo para tener una alegría, un placer, mientras que para obtener el aire no hacéis nada, respiráis sin cesar, hasta cuando dormís, sin pensar en ello.

La respiración está ahí para enseñar a los humanos que todo lo que es tangible, como el dinero, las posesiones, etc... no puede compararse con lo que es sutil, impalpable e invisible, con el mundo etérico en el que estamos

sumergidos y en el que respiramos. Naturalmente no todo el mundo, sino únicamente los hijos de Dios, que tienen esta conciencia, están sumergidos en el mundo etérico en el que respiran sin cesar, y son felices a causa de esta respiración. El alma respira, el espíritu respira. A todos los demás hay que darles algo para que sean felices. Mientras que los hijos de Dios extraen la felicidad de arriba, continuamente, porque han llegado a conectarse y a vivir en este océano cósmico.

Por lo tanto, mis queridos hermanos y hermanas, esforzados y sobre todo tened fe, no dudéis. Yo no he dudado jamás; desde el primer día de la creación he creído en el esplendor de estas verdades y me he sumergido en ellas contra viento y marea, contra burlas, desgracias, hostilidades, enfermedades y miseria; y no me arrepiento de ello. Yo he creído. ¿Por qué vosotros, ahora, vais a esperar una eternidad para decidir os a creer? No sabéis todo lo que perdéis. Así que daos prisa; es sencillo, debéis creerme.

¡Hay tantas cosas aún que decir sobre la felicidad y la individualidad, la impersonalidad! No creáis que la personalidad os dará la felicidad; no, al contrario. Cuando los hombres quieren barrer para adentro, ser el centro del universo, imaginándose que el mundo entero debe dar vueltas a su alrededor, servirles e inclinarse como si fuesen príncipes o princesas, empiezan todas las desgracias. Debemos ser servidores, y entonces, sí: desaparece la personalidad, se esfuma. Pero ¿quién quiere servir? Todos admiran al que sabe espabilarse y triunfar, aunque sea a costa de los demás, y dicen: « ¡Este es un hombre inteligente! » No, la verdadera inteligencia no es ésa; se confunde la inteligencia con la personalidad, con el egoísmo, con la astucia. No es inteligente quien concede inteligencia a estos tramposos.

Un día, si nuestra Enseñanza se propaga, pondrá a cada uno en el sitio que se merece. Todos los que han triunfado con medios deshonestos y que están ahí, en la cumbre, pavoneándose, caerán de su pedestal. Esta Enseñanza es capaz de hacer bajar a todas estas lumbreras colocadas donde no lo merecen. Ellos mismos vacilarán; ante estas verdades ya no podrán soportarse, estarán asqueados y algunos renunciarán a seguir de esta forma, pescando en río revuelto. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, quizá no me creáis, pero tarde o temprano esto será así, porque el Cielo lo ha decidido; todo será removido, todo quedará desquiciado; esta Enseñanza cuando sea conocida, trastornará todas las conciencias, todas las inteligencias. ¡Porque un día será conocida!... La Enseñanza es una luz, mis queridos hermanos y hermanas, una luz formidable y terrible.

No os fieis de las promesas de la personalidad. La personalidad os empuja a hacer muchas cosas haciéndoos creer que seréis felices, y os aventuráis... Pero poco después retiran el tablón y entonces os caéis. La personalidad es un as para induciros y enredaros. Y puede llegar muy lejos en el conocimiento de la belleza, de la música, de la poesía, de la danza. Es encantadora, ¡y es inaudito lo que puede expresar! Pero su objetivo es el de devoraros. Sabe bailar, sabe mirar con amor, sabe cómo tomaros, cómo daros y cómo acariciaros, ¡y todo es tan magnífico, tan encantador, tan poético y hermoso! Sí, esto no lo sabíais. En la individualidad existen también unos perfumes, una poesía y una música, pero es diferente. Su finalidad no es devoraros, maniataros, sino liberaros, resucitaros y embelleceros. La cuestión radica en el objetivo. En tanto no sepamos cuál es el objetivo no podemos pronunciarnos. Cuando un hombre regala joyas a una chica, ¿sabe ella por qué lo hace? En apariencia es formidable, es magnífico... ¿y el objetivo? Es para acostarse más fácilmente con ella.

La personalidad no es tonta e incluso puede ser muy erudita, hasta tal punto que puede hacer bajar las estrellas para convenceros que no debéis continuar haciendo el bien, que debéis abandonar vuestro trabajo espiritual. Va a convenceros, porque en la personalidad hay sabios, artistas, eruditos y bailarines; no está sola. Todo un mundo bulle dentro de ella...

Pero aún no os lo he dicho todo. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, alegraos de tener esta luz, este discernimiento que os permitirá dominar y subyugar a la personalidad. Es muy capaz, es muy rica, pero hay que dominarla.

* * *



www.laensenanza.org